



Acto Eucarístico Mariano: Queda anulado el Acto Eucarístico del 3er miércoles de mes (19 Mayo y 16 de Junio)

¿QUAE EST ISTA? - ¿QUIÉN ES ESTA?



Hno. Alejandro Martínez, hsg (Hermano de San Gabriel)

“...y los ángeles se preguntaban unos a otros: ¿Quién es esta? Porque el Altísimo se la ocultaba; o si algo les manifestaba de ella, les ocultaba infinitamente más” (VD 3).

San Luis M^a Grignon de Montfort se reveló en su Tratado de la Verdadera Devoción como un verdadero doctor mariano. Así lo

han reconocido los escritores que han contribuido, con sus comentarios sobre este maravilloso libro, a popularizarlo. Y están de acuerdo también en afirmar que es uno de los libros más hermosos que se han escrito sobre María. Estos comentaristas del Tratado también sostienen que la lectura de este librito ha sido un instrumento de santificación para las personas sencillas, pero auténticas hijas de María.

La doctrina sobre María que el Tratado de la Verdadera Devoción contiene está destinada a tener una significativa influencia espiritual en la Iglesia. Ya el Papa Benedicto XV dijo en una carta dirigida al Padre Lhoumeau, en 1916: **“Siendo un pequeño volumen, es de una gran autoridad doctrinal y de una gran unción para las almas”**. Ciertamente que este pequeño Tratado mariológico condensa en pocas páginas un número considerable de verdades dogmáticas y consejos espirituales que han hecho y están haciendo un gran bien a las almas que tienen a María por Madre y como el camino espiritual más perfecto para alcanzar la unión con la Sabiduría Eterna y Encarnada. El santo expone en su Tratado, aunque de forma resumida, como suele hacer, el plan de la Encarnación Redentora, en el que María tiene un papel relevante, por ser la Madre del Salvador.

María es verdaderamente el nudo de la historia de nuestra Redención. En ella confluye el Antiguo Testamento y en ella comienza el Nuevo con el momento milagroso de la concepción de Jesucristo, nuestro Salvador. ¿No es ella, según el libro del Génesis, la mujer misteriosa que debía reparar la desgracia causada por la primera mujer? ¿No es ella la Virgen que, según el profeta Isaías, debía dar a luz al Emmanuel, sin menoscabo de su virginidad?

Sin embargo, yendo a los evangelios, vemos claramente que las ilusiones y expectativas del Pueblo de Israel, que esperaba un Mesías triunfador, impidieron reconocer a Jesús como su verdadero Mesías y a María como la mujer extraordinaria y Virgen fecunda. Este silencio que envuelve a la figura de María fue providencial. Dios lo quiso así, o mejor dicho, fue María quien se lo pidió. Es así como se produce una extraña anomalía: Aquella a la que las generaciones precedentes habían deseado y las generaciones futuras debían proclamar bienaventurada, fue desconocida por la generación en la que ella vivió. Y si un buen día, según nos dice el Evangelio, una mujer levantó la voz para proclamar dichosa a la mujer que había dado a luz al extraordinario predicador que estaba oyendo, lo hizo más bien para proclamar el orgullo de ser madre natural, que para resaltar la verdadera grandeza de María.

Montfort comenta en su Tratado de la Verdadera Devoción las razones del silencio que envuelve a la figura de María en los Evangelios. **“La vida de María fue oculta; por ello, el Espíritu Santo y la Iglesia la llaman “Alma mater”, Madre oculta y escondida. Su humildad fue tan profunda que no tuvo en la tierra anhelo más firme y constante que el de ocultarse a sí misma y a toda creatura, para ser conocida únicamente de Dios” (VD 2).** **“María apenas se manifestó en la primera venida de Jesucristo, para que los hombres, aún poco instruidos e ilustrados acerca de la persona de su Hijo, no se alejaran de la verdad, adhiriéndose demasiado fuerte e imperfectamente a ella; lo que, al parecer, habría sucedido si ella hubiese sido conocida, debido a los admirables encantos que el Altísimo había puesto, incluso en su exterior...” (VD 49).** Uno de los efectos de este silencio en el que ha permanecido la figura de María ha sido la lentitud con la que la devoción a María se extendió en los primeros siglos.

La devoción a María, que tuvo, ya en sus comienzos, detractores y enemigos, también cuenta con magníficos defensores (San Ambrosio, San Jerónimo, San Justino, San Ireneo, San Agustín). El culto a María empezó a tener una resonancia e importancia considerables a raíz de la definición dogmática de su Maternidad Divina en el Concilio de Éfeso, celebrado el año 431. La proclamación de este dogma originó una impresionante explosión de alegría en el pueblo cristiano; y contribuyó en gran medida a fortalecer e intensificar la piedad popular. A partir de este momento la grandeza de la Madre de Dios, su incomparable santidad, su exquisita pureza y la gran riqueza de los dones sobrenaturales con que Dios la había dotado y distinguido, fueron exaltados y celebrados por todos los cristianos.

En los siglos siguientes tenemos a santos que sobresalieron por su devoción a María, y que no se cansaron de publicar su gloria, sus virtudes y gracias. Cito solamente algunos: San Bernardo de Claraval, San Buenaventura y San Bernardino de Siena sobresalieron, de manera especial, por su amor a María en sus vidas, predicaciones y escritos. Santo Domingo de Guzmán instituyó el santo Rosario, práctica mariana que se extendió, en poco tiempo, por toda la cristiandad. El mundo del arte también contribuyó a extender el culto y devoción a María. Así las iglesias dedicadas a María se multiplicaron y la imaginería mariana adquirió una importancia extraordinaria. María tuvo un puesto especial en la liturgia, sobre todo en la occidental. Se celebraron especialmente las fiestas de la Purificación de María, unida a la Presentación de Jesús en el Templo, la Anunciación, la Natividad de María... Las manifestaciones y prácticas de piedad adquirieron importancia en la vida ordinaria de los pueblos: pensemos en la recitación del "Angelus". También iban siendo numerosas las órdenes y cofradías en honor de María. Se empezaron a organizar peregrinaciones a los lugares marianos. Y el mundo del pensamiento también se interesó por la figura de María, a la que dedicó un número significativo de obras de teología mariana.

Y llegamos a los siglos inmediatamente posteriores al Concilio de Trento cuando el protestantismo lanza ataques virulentos contra la devoción a María que pretendía, según ellos, relegar a Jesucristo a la oscuridad y hacer de María una especie de divinidad. Estos ataques a María fueron la ocasión propicia para que aparecieran, en los siglos XVI, XVII y XVIII, extraordinarios defensores del culto y devoción a María, pues no podían los católicos permanecer callados ante tales despropósitos. Es preciso citar, entre los más destacados, a San Pedro Canisio, San Roberto Belarmino, Francisco Suarez, San Francisco de Sales, quienes, con sus escritos, trataron de realzar el culto a María, presentándolo como un medio seguro de santificación. Más tarde, en el siglo XVII, aparecieron los escritores de la Escuela Francesa de Espiritualidad (el cardenal Pierre de Bérulle, Jean-Jacques Olier, San Juan Eudes ...). Y en el siglo XVIII aparece nuestro San Luis M^a Grignion de Montfort. Todos ellos contribuyeron con sus escritos y predicación a fundamentar la devoción a María en el misterio de la Encarnación, dándole un carácter claramente cristo-céntrico. Y es también en este tiempo cuando aparece la práctica de devoción mariana, que san Luis M^a de Montfort califica de "perfecta": la "esclavitud de amor" a Jesús por la mediación de María; y que no es otra cosa que una perfecta renovación de las promesas hechas en el santo Bautismo.

San Luis M^a de Montfort dice en su Tratado de la Verdadera Devoción algo que es muy consolador para nosotros: ***"Es cierto, por tanto, que Nuestro Señor es todavía en el cielo tan Hijo de María como lo fue en la tierra; y que, por consiguiente, mantiene la sumisión y obediencia del mejor de todos los hijos con la mejor de todas las madres"*** (VD 27). Y en agradecimiento de todo lo que María había dado a su Hijo, éste le hizo partícipe de su propia realeza. Incluso nosotros mismos no somos hijos de María por nuestra propia decisión, sino porque Jesucristo, a quien pertenecemos, nos entregó a su Madre al pie de la Cruz, en la persona de Juan.

Finalizo este artículo con las palabras de un canto religioso que resalta la fe y la sencillez María, nuestra querida Madre. Y le pedimos, como fieles hijos de la mejor de las madres, que nos infunda la fe y la humildad que modelaron toda su vida:

*Buena Madre, estoy aquí, quiero rezar, te quiero hablar.
Buena Madre, has sido tú con sencillez, creyente fiel.
En tu regazo quiero estar, cerca de ti.
Como un pequeño te dare todo mi ser. ¡Acéptalo!*



*Buena Madre, veo en ti a la mujer llena de Dios.
Buena Madre, por la fe sabes vivir la oscuridad.
Mira a tus hijos caminar buscando luz,
Mira la angustia y el dolor, danos tu fe.
¡Acógenos!*



Puede hacer su Donativo en las C/C que figuran abajo, o por Giro Postal, o Tarjeta Bancaria en nuestra Web o por PayPal. Haga constar el DNI y Nombre y Apellidos para su Desgravación Fiscal, Fundación Montfort NIF: "R-0801029-J"

Este apostolado se nutre con donativos de los que quieren colaborar para que el Reino de Jesús y María se extienda por todo el mundo. VAYAMOS A JESÚS POR MARÍA.

MUCHAS GRACIAS POR SU GENEROSIDAD Y QUE DIOS LOS BENDIGA

Banco Bilbao Vizcaya Argentaria
Caja de Ingenieros

Nº IBAN: ES07 / 0182 / 1002 / 1602 / 0852 / 1580.
Nº IBAN: ES77 / 3025 / 0001 / 1414 / 3339 / 5465.